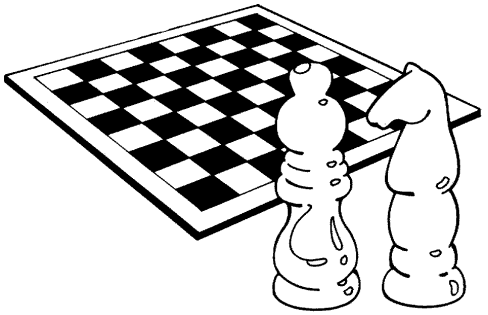
13. INTERPRETAMOS UN TEXTO



UNA PARTIDA DE AJEDREZ

La noche antes del accidente mi padre y mi hermano mayor iniciaron una partida de ajedrez. Hacía tiempo que no los veía jugar. Mi padre se dedicaba a arreglar tejados. No era un hombre con estudios, pero un pariente suyo le había enseñado a jugar ajedrez muchos años atrás, en su lejana aldea natal. Mi padre, a su vez, había enseñado a jugar a mi hermano mayor, Gabriel, y se sentía orgulloso del talento de éste ante el tablero. Pero mi hermano ya no quería perder el tiempo de ese modo. Supongo que lo avergonzaba. Los tipos con los que andaba despreciaban ese tipo de cosas. Yo no. A mí me habría gustado que, a mis doce años, mi padre me hubiera enseñado los misterios del juego. Pero mi padre nunca dijo una palabra sobre ello, como si el rechazo de mi hermano Gabriel le doliera en lo más hondo.

Aquella noche, sin embargo, fue mi hermano quien retó a mi padre. Quería derrotarlo, demostrar que era un tipo listo, aunque hubiera abandonado las clases y su vida se hubiera vuelto totalmente oscura para nosotros.

—Veo que no has olvidado lo que te enseñé —dijo mi padre, rompiendo el tenso silencio con que habían iniciado la partida.

Mi hermano sonrió. Musculoso, moreno, con la nariz anillada y el hombro tatuado parecía muy seguro de sí mismo. Movió un caballo con un gesto agresivo.

—Muy bueno —dijo mi padre.

Mi hermano echó aire por la nariz, molesto por el rápido movimiento defensivo de mi padre. Yo no comprendía nada del juego, pero en sus caras veía mucho. Veía a mi padre, bajo, flaco, con camiseta de tirantes y rostro cansado, y me daba cuenta de que había visto cosas inimaginables para nosotros, de modo que el aspecto ofensivo de mi hermano no le impresionaba mucho. Esperó a que mi hermano moviera un peón para decirle:

—Tienes dieciséis años. Si no vas a tus clases, deberás venir conmigo a trabajar.

Gabriel volvió a sonreír, esta vez con frialdad. Respondió:

—Tengo dinero. Voy a comprar un coche, y pronto no tendrás que verme por aquí.

Mi padre sabía que era inútil enfrentarse a mi hermano. Quizás pensaba que resistir, como había hecho toda su vida, era la única forma de hacerle ver lo que pensaba. Sin embargo, aquella noche alzó la cabeza y preguntó:

—¿Es que te da miedo subir a los tejados? Dime, ¿es eso lo que te pasa?

Mi hermano respondió con dureza. Lanzó contra la pared el peón que tenía en la mano, y salió de la sala. Mi padre no respondió. Se quedó mirando fijamente la disposición de las piezas en el tablero.

Al día siguiente, cuando sonó el teléfono, yo había olvidado ya el incidente. Ni mi madre ni mi hermano estaban en casa, y tuve que ser yo quien recibió la noticia. No me dijeron qué había pasado, porque al reconocer mi voz, trataron de ocultarme lo sucedido, pero yo supe que mi padre ya no volvería. No colgué el auricular. Temblando, telefoneé al trabajo de mi madre. Acababa de salir hacía unos minutos. Quizás tardara una hora en llegar, después de tomar el metro y dos autobuses. Mi hermano no volvería hasta entrada la noche, y yo habría querido poder tenerlo cerca para decirle lo que sentía. Miré el tablero de ajedrez, con las piezas frente a frente en una partida que ya no acabaría. Después salí a la calle, corriendo desesperadamente, aun a sabiendas de que por muy lejos que me llevaran mis piernas, no conseguiría encontrar a mi hermano.

PREGUNTAS	RESPUESTAS
·¿Cuál es el conflicto latente en el cuento? -¿Quién cuenta la historia? -¿Quiénes son los protagonistas de la historia? -¿Cómo ve el niño a su padre? -¿Cómo ve el niño a su hermano mayor? -¿Qué le ocurre exactamente al padre del niño? Cuenta tu versión. -Describe al hermano mayor. ¿Qué piensa? ¿A qué crees que se dedica? -¿Cómo crees que afectará la muerte del padre al hermano mayor? -¿Cómo crees que afectará la muerte del padre al niño? -¿Cuáles son los valores y el ejemplo que el padre da a sus hijos?	